

El encuadre no es inocente

J. M. RUIZ SOROA

La izquierda patriota radical poco a poco va desplazando su rol desde el papel de acusado al de juez, del papel de parte al de mediador imparcial

Uno creía que nuestra sociedad había vivido lo suficiente como para ser capaz de identificar y contrarrestar ciertas tácticas de comportamiento de las que se ha usado y abusado en la modernidad pero, visto lo visto, es patente que me equivocaba de medio a medio.

Hasta el más lerdo de los agitadores políticos ha aprendido en su manualillo básico que la manera más efectiva para evitar ser juzgado por la propia conducta es la de convertirse en el tribunal que juzga para, así, enjuiciar él a los demás. La conducta de Mario Onaindía y sus compañe-

ros en Burgos fue una representación memorable de esta táctica tan vieja como la humanidad.

También puede expresarse de otra forma: la mejor manera de no cargar con la conciencia moral derivada de la responsabilidad por el mal causado por uno mismo no es la de negarse a ello frontalmente, sino la de convertirse uno mismo en la conciencia moral de los demás. Para no 'tener' conciencia moral, lo mejor es 'ser' uno mismo la conciencia moral. Hasta los de Kukutza lo saben.

Bueno, pues resulta que desde hace meses asistimos al planteamiento, escenifi-

cación y desarrollo de este esquema por parte de la izquierda patriota radical, que poco a poco va desplazando su rol desde el papel de acusado al de juez, del papel de parte al de mediador imparcial, del rol de quien debía de asumir la responsabilidad por su pasado al de quien reparte responsabilidades a los demás y les acucia a asumirlas.

Era y es una táctica lógica y predecible. Lo que no era tan lógico ni predecible es que fueran los asistentes al juicio los que se convirtieran en arquitectos entusiastas de la tramoya montada por los acusados. Que es lo que sucede. Porque son los medios públicos, con su forma de presentar y encuadrar la realidad que vivimos los que están poco a poco creando las condiciones de posibilidad para que la representación sea verosímil para el público en general. Y lo hacen (salvo casos ocasionales de manifiesto interés partidista en ello) simplemente porque el encuadre que sugiere aquella izquierda es un marco de comprensión más noticiable, es una presentación más fértil para un desarrollo periodístico y emocional del asunto. El abrazo de Vergara, escenificado hoy en Gernika entre un preso y una víctima y con la izquierda patriota bailando un aurreku en su derredor, parece ser la foto del final que los medios han interiorizado como desenlace perfecto de la novela vasca, como el canon ideal del final del conflicto. Que me perdonen mis amigos periodistas pero, si esto no cambia, lo conseguirán.